

Modernidad y violencia en tiempos de exclusión
Modernity and violence in times of exclusion
Modernidade e violência em tempos de exclusão

Juan Mora Heredia

Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Azcapotzalco (México)

herediajuan57@hotmail.com

Lilia Anaya Montoya

Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Azcapotzalco (México)

anayalilia@gmail.com

Fecha de recepción: 29 de julio de 2017

Fecha de recepción evaluador: 24 de octubre de 2017

Fecha de recepción corrección: 31 de octubre de 2017

Resumen

El tema de la violencia rebasa el mero acto de agresión individual o grupal. Su exacerbación en tiempos recientes parece estar asociada a transformaciones epocales y de orden civilizatorio. Con el capitalismo transitando velozmente a través de las múltiples ramificaciones abiertas por la globalización. Impulsando una competencia desbocada minando fronteras y debilitando estructuras de convivencia social. Escenario que pone en vilo los valores fundacionales de la modernidad, enfocados a propiciar la construcción de un mundo mejor para la humanidad. No en cuanto a su fin último, sino en la posibilidad para hacerse realidad.

Palabras Clave: Violencia, Exclusión, Modernidad, Conflicto, Tolerancia, Identidad.

Abstract

The issue of violence goes beyond the mere act of individual or group aggression. Exacerbation in recent times appears to be associated epochal transformations and civilizing order. With capitalism passing quickly through multiple open branches by globalization. Pushing boundaries unbridled competition undermining and weakening structures of social life. Scenario that puts on tenterhooks the founding values of modernity, focused on promoting the building of a better world for humanity. Not in their ultimate goal, but in the possibility to be realized.

Keywords: Violence, Exclusion, Modernity, Conflict, Tolerance, Identity.

Resumo

A questão da violência ultrapassa o mero ato de agressão individual ou grupal. A exacerbação nos últimos tempos parece ser associada a transformações de época e ordem civilizadora. Com o capitalismo passando rapidamente através de múltiplos ramos abertos pela globalização. Impulso de fronteiras concorrência desenfreada minando e enfraquecendo as estruturas da vida social. Cenário que coloca os valores fundadores da modernidade, focados na promoção da construção de um mundo melhor para a humanidade. Não em seu objetivo final, mas na possibilidade de ser realizado.

Palavras-chave: Violência, Exclusão, Modernidade, Conflito, Tolerância, Identidade.

Introducción

Hoy día nos da la impresión de estar inmersos en un mundo de violencia nunca antes visto. Idea totalmente errónea, ya que actualmente vivimos tiempos de mayor paz social comparados con épocas de antaño. Igualmente, es de subrayar la violencia no es algo nuevo, siempre ha estado presente en la historia de la humanidad. El punto de quiebre se manifiesta al momento de asumir el Estado el monopolio de la misma, restringiendo la impunidad con la cual se utilizaba cotidianamente en la resolución de conflictos. Con ello, se sientan las bases para la instauración de un orden socio-político consensuado en las premisas de la institucionalidad, aunque cuando esta mermaba, para mantener su defensa quedaba el recurso final de la coacción legal.

La paz social en la época moderna trajo consigo el afianzamiento del poder estatal, pero también el miedo al retorno de la inseguridad y la violencia. Resultado ello, de una relación dicotómica, donde si bien las tasas de criminalidad actuales son bastante menores a las de hace un par de siglos, lo que ha crecido es la percepción de la violencia, fomentada

constantemente por los *mass media*. Al punto que, aunque alguien no haya sido sujeto directo de un acto violento, su impresión es afirmativa con relación a su contexto.

Esta imagen absoluta de la violencia identificada con los actos perturbadores del orden social, ha derivado en una mitificación de la misma provocadora de miedos y descalificaciones, paralizando la movilización de una sociedad. Hay pues, una redefinición de la subjetividad individual y colectiva, donde el temor a la violencia, mediado por la política, desempeña un papel fundamental para la preservación del status quo.

Ahora bien, esta connotación negativa que en sí misma ya tiene la palabra violencia, deriva en que, algún acto al ser nombrado como violento, inmediatamente es rechazado o descalificado. Pero avanzando en la indagación del fenómeno, a fin de entenderlo más ampliamente en su lógica de desarrollo y expresión, fundamental es no considerarla como un asunto moral entre buenos y malos. Donde la maldad humana confronta a víctimas y victimarios en la vida diaria.

Tampoco es un asunto de patologías genéticas con individuos normales y anormales, cuya conducta está determinada por sus atributos raciales o de género. Igualmente, la pertenencia a un grupo socioeconómico o religioso determinado, no puede ser considerada factor distintivo de comportamientos violentos. Hacerlo así, implicaría marcar *a priori* el sentido y naturaleza de un suceso implícito en toda sociedad cargada de intereses, valores y proyectos de vida. Al respecto, atendiendo el señalamiento de Merton:

Hasta tiempos muy recientes, o cuando más muy poco antes, podía hablarse de una marcada tendencia en la teoría psicológica y en la sociología a atribuir el funcionamiento defectuoso de las estructuras sociales a fallas del control social sobre los imperiosos impulsos biológicos del hombre. La imagería de las relaciones entre individuo y sociedad que implicaba esta teoría es tan clara como discutible... Con los progresos más recientes de las ciencias sociales, ese conjunto de concepciones sufrió una modificación fundamental. En primer lugar, ya no parece tan evidente que el individuo se levante contra la sociedad en una guerra incesante entre los impulsos biológicos y la coacción social. La imagen del hombre como un manojo indomable de impulsos empieza a parecer más una caricatura que un retrato. En segundo lugar, las perspectivas sociológicas han entrado cada vez más en el análisis de la conducta que se desvía de normas preescritas: porque cualquiera que sea el papel de los impulsos biológicos, sigue en pie la cuestión de por qué sucede que la frecuencia de la conducta divergente varíe en diferentes estructuras sociales y por qué las desviaciones siguen diferentes formas y normas en diferentes estructuras sociales. Hoy, como entonces, aún tenemos mucho que aprender sobre los procesos mediante los cuales las estructuras sociales producen las circunstancias en que la infracción de los códigos sociales constituye una reacción 'normal' (es decir, que puede esperarse) (Merton, 2002, p. 209).

En consecuencia, la violencia es necesario apreciarla en su circunstancia histórico-social, ordenada en una multiplicidad de dimensiones tanto de hecho como discursivas. Esto es, tanto de sus expresiones inmediatas, como de la interpretación de las mismas para el conjunto de la comunidad. Lo que para un africano puede ser normal, para un asiático es inaudito. Igual que para el binomio de un europeo y un latinoamericano, o de un campesino y un ciudadano. O del tipo de violencia ayer rechazado, y hoy avalado, como por ejemplo las razzias juveniles de los años sesenta. En ese tiempo seriamente cuestionadas, pero que en nuestros días es por muchos reivindicado, como parte de un esquema de lucha contra la inseguridad.

Sobre el mismo carril, las intervenciones colonialistas a mediados del siglo pasado fueron ampliamente rechazadas, pero ahora en aras de la defensa antiterrorista se aceptan. Mientras en el plano doméstico el uso de la fuerza por parte de la figura paterna, o del profesor en el aula, hace tiempo considerada parte de la educación correcta, en la actualidad se asume como maltrato.

Dicho esto, no es de defender o denostar una u otra situación, sino resaltar el carácter complejo de la violencia, donde, sin conclusiones definitivas, si podemos partir de premisas básicas. De principio no asumir la existencia de un arquetipo definitivo de violencia, ya que la misma presenta matices y dinámicas diversas según los ámbitos donde se desarrolle. Siendo lo más correcto hablar de violencias, asociada a una amplia variabilidad según sus contextos. Del mismo modo, no es admisible su irreductibilidad explicativa a simples alteraciones biológicas o de carácter emocional.

Lo que si podemos afirmar es cuando las normas y las reglas de convivencia son débiles o están ausentes para *la regulación o solución del conflicto de intereses*, prevalece el uso en última instancia de la fuerza. De este modo, el modelo dominante de violencia es aquél donde está vigente la acción coercitiva intencional de un individuo contra otro. O en la confrontación directa entre grupos y/o estados, dando paso al surgimiento del terrorismo o la guerra.

Pero también es de señalar, que, aunque poco estudiada desde el ángulo de la violencia, con una presencia ascendente en la vida social moderna, es el incidente donde el individuo entra en crisis consigo mismo. Con momentos en la vida cotidiana donde no hay separación en el binomio agresor-agredido y una sola persona cumple ambos roles. Ejemplos de ello son los casos de autoagresión como el suicidio, el alcoholismo o la drogadicción.

Como se puede apreciar, el tema de la violencia rebasa el mero acto de agresión individual o grupal. Su exacerbación en tiempos recientes parece estar asociada a transformaciones epocales y de orden civilizatorio. Una coyuntura histórica, donde la ciencia y la tecnología han alcanzado un desarrollo inconmensurable. Con el capitalismo

viviendo momentos de gloria, asentándose en todos los lugares del orbe, transitando velozmente a través de las múltiples ramificaciones abiertas por la globalización. Impulsando una competencia desbocada minando fronteras y debilitando estructuras de sociabilidad. Escenario que pone en vilo los valores fundacionales de la modernidad, enfocados a propiciar la construcción de un mundo mejor para la humanidad. No en cuanto a su fin último, sino en la posibilidad de hacerse realidad.

En este sentido, el presente artículo indaga en las coordenadas socio-históricas de años inmediatos y su repercusión en el derrotero del mundo contemporáneo. Considerando esas transformaciones fracturaron el orden geopolítico de la posguerra, sobre el cual se habría constituido una cierta condición de estabilidad y bienestar. Encauzando dicho quebranto a una disolución de los mecanismos de regulación para un acceso y distribución equilibrada de los recursos. Sin esta contención, poderes mundiales y regionales reconstituidos o de nuevo cuño, arremeten contra la vieja institucionalidad, generando enconadas luchas por el control de los espacios productores de riqueza. Mientras en el ámbito de la proyección futura de la sociedad, la supresión de las utopías coloca contra la pared la realización de los postulados esgrimidos por la modernidad.

Considerando el cine en muchas ocasiones es un fiel reflejo de la construcción de las realidades sociales macro y micro. Se recuperan como modelos ejemplares para el análisis, un par de películas significativas en su exposición de esta fragmentación de la sociedad actual en sus diferentes dimensiones; individual, social y global. *Full Monty* (Inglaterra, 1997) y *Amores perros* (México, 2000). Una inscrita en la realidad inglesa, y la otra enfocada a la circunstancia mexicana, pero ambas con el común denominador de enfrentar un aplastante proceso de exclusión social. Siendo lo interesante el cómo se asimila este acontecer, y cuál es su respuesta a partir de su propia historicidad. Aún cuando ambas cintas tienen ya algunos años de haberse estrenado, no dejan de contener elementos emblemáticos de la vida material y moral de nuestra época, por lo que a estas alturas vale la pena retomarlas.

Después de la caída: ¿Nuevo orden o nueva política?

Mientras el “largo siglo” XIX (1789-1914) sirvió de base para el afianzamiento del capitalismo como sistema económico, el “breve siglo” XX (1914-1989) (Hobsbawm, 1998). fue el escenario de una profunda disputa política e ideológica para bosquejar el horizonte venidero de la sociedad moderna. Una época cuyo fin llegaba en 1989 con la simbólica caída del muro de Berlín. Dejando como legado dos guerras mundiales, un próspero auge económico y social durante la posguerra, así como la contienda en todos los órdenes de las dos superpotencias (EE.UU. y URSS).

Materializada la debacle revolucionaria del socialismo real en la Europa del Este (Habermas, 1991), Occidente diligentemente anunciaba la inauguración de un nuevo concierto político y económico mundial, vía el definitivo triunfo de la democracia liberal. En el verano de 1989, coincidente con la crisis en Europa Oriental apareció en *The National Interest* un polémico artículo intitulado “¿El fin de la historia?” escrito por Francis Fukuyama. (En México es publicado en el Suplemento *Política*, del periódico *El Nacional*, 12-X-89.) En él, Fukuyama interpreta el siglo XX como la etapa de confrontación ideológica entre las dos grandes estructuras de ideas por excelencia; el marxismo y el liberalismo. Con una paulatina e inevitable derrota del primero. Circunstancia de donde se deriva el ocaso de la era de las ideologías. La profusa difusión de este material fue subvencionada por la *John M. Olin Foundation*. Una agrupación norteamericana que año con año destina millones de dólares en favorecer un viraje a la derecha en la enseñanza de las ciencias sociales. (Fontana, 1992, p. 7).

Empero este desbordado optimismo solo duro unos pocos años, la Guerra del Pérsico, el conflicto yugoslavo y las crisis financieras internacionales registradas durante el primer tercio de los años noventa evidenciaron que, por lo contrario, asistíamos a una compleja e inédita transición (Hobsbawm, 1998 y (Habermas, 1998), con un capitalismo desbocado que minaba la institucionalidad presente en todos sus ámbitos.

Y apenas iniciado el siglo XXI, la zozobra secular se acrecentó al ser atacadas y destruidas en 2001 las torres gemelas que albergaban el World Trade Center en New York. Erigidas como símbolo del capitalismo global, su desplome se registró justo en el corazón del país militar y económicamente más poderoso del orbe. Dando pie este evento a virulentas intervenciones militares multinacionales capitaneadas por Estados Unidos en países de medio oriente. Tensando su relación con esos pueblos, concitando reacciones extremas de grupos fundamentalistas, mediante actos terroristas. Para proseguir más adelante con la tendencia de crisis financieras, cuyo inédito sesgo ha puesto en vilo al sistema económico mundial.

Eliminada la pugna capitalismo-socialismo, actores regionales y locales, antes atados a la lógica bipolar, vislumbraron la oportunidad de agrandar sus franjas de predominio en el incipiente orden. Sin olvidar agregar a este universo, las corporaciones delictivas ya establecidas, y de los nacientes grupos asociados con el espionaje o la esfera militar durante la guerra fría. Gestándose entre ellos alianzas o feroces luchas por el control de los abandonados enclaves económicos y políticos. Siendo el uso de la violencia un elemento decisivo para la apropiación de tales espacios. Con lo cual el llamado crimen organizado tiene un amplio desarrollo, penetrando la esfera económica con negocios ilícitos altamente rentables, o envileciendo la órbita política a través de la compra de lealtades e impunidad.

Apoyado en un diseño intelectual que aludía la inestabilidad política y económica obedecía a la inoperancia del Estado para manejar las excesivas demandas sociales, se alentó la reducción en sus atribuciones y tamaño. La lógica neoliberal demandaba la figura estatal dejara de regular la vida económica, además de abstenerse a participar directamente en la producción de bienes. Mientras en lo social, la ausencia de rentabilidad en los recursos proporcionados a la población, la hacían una entidad deficitaria en sus finanzas.

Con un Estado debilitado en su estructura y atribuciones, el capitalismo quedó liberado de sus ataduras. El actuar mercantilista o especulativo quedaba sin restricciones para desarrollarse a su máxima expresión en cualquier terreno que le redituara beneficios. Una condición de lucro tendiente a ser aprovechada al máximo por los diferentes poderes fácticos asentados en el concierto mundial, regional o local. Entramado de relaciones y acuerdos apuntalados en el uso intenso de las tecnologías de la información, en un mundo cada vez más interdependiente. Pero, sobre todo, que dejaba en el uso de la fuerza por parte de estos grupos, el eje sustantivo de su modus operandi.

Paralelamente a la liberalización económica, en lo política también se impulsaba desde los Estados Unidos de Norteamérica un proceso similar. Es de no olvidar que para el avance y consolidación de este proyecto democratizador, encaminado a inclinar la balanza hacia el bloque occidental en el ocaso de la guerra fría, un papel fundamental lo desempeñó la Comisión Trilateral. Una organización donde coincidían personalidades del mundo político, económico y académico, de Japón, E.U y Europa, enfocados a analizar las tendencias del mundo desarrollado. Fue un bastión intelectual determinante para redefinir el mapa geopolítico, el sistema financiero internacional, y con él las relaciones económicas mundiales. En el terreno político, una de las tesis centrales promovidas por este grupo, era el de la ingobernabilidad, producto de la insuficiencia del Estado para satisfacer las demandas sociales. Rebasado en sus capacidades, fruto de un intervencionismo económico que no le correspondían, hermanado al apogeo de acuerdos corporativos con las masas, obligaba al saneamiento de las finanzas públicas y un incremento de las libertades políticas. En consecuencia, la crisis de gobernabilidad solo podría ser atajada con un Estado mínimo, y una amplia democracia política. (CIDE, 1978).

La oleada democrática iniciada en los años 70' en Europa del sur, concluye a finales de los 80' en América Latina, con la instalación de gobiernos avalados por el juicio de las urnas. De esta manera, los regímenes autoritarios eran desplazados por una democratización de la vida política, donde los viejos actores podían mantenerse en activo, siempre y cuando respetaran las nuevas reglas. Un interesante estudio acerca de este proceso de transición, es el libro de (Schedler, 2016). Con un paradigma político sustentado discursivamente en los principios de la democracia liberal, pero que en la

práctica buscaba reproducir el esquema electoral norteamericano. Donde el conflicto ideológico izquierda-derecha, capitalismo-socialismo desaparecía del escenario, quedando circunscrito a banderas electorales exaltadas o descalificadas por la mercadotecnia.

De tal forma, que a pesar de ampararse bajo las banderas izquierda o derecha, los partidos políticos y sus respectivas elites no se diferencian mucho. Son parte del *establishment* derivado del nuevo orden, por ello no causa sorpresa el frecuente intercambio de políticos entre los partidos. Así como tampoco resulta extraño ver a los políticos implicados en escándalos de corrupción y conflictos de interés. La gestión pública alimentada en la vocación y la ética, ha sido desplazada por las reglas eficientes de la tecnocracia. La política se impone a la ética, quebrantando el equilibrio sobre el cual descansaba su virtuosismo. Roto tal contrapeso, el proyecto de largo plazo queda inhabilitado ocupando su lugar medidas de corto alcance conducentes a preservar simple y llanamente el status quo.

Tolerancia, conflicto e inclusión del “otro”

La originalidad histórica de la presente coyuntura, es haber logrado empequeñecer al mundo vía flujos informativos cada vez más abstractos e instantáneos. Sirviendo de base esta dilatada urdimbre informática y comunicacional, llevada hasta su límite, para hacer más interdependiente en materia económica al planeta. Sentido cosmopolita de las relaciones económico-financieras, que contrasta con la tendencia -ante los embates desintegradores del mercado- a la regionalización de la organización social y política donde la crisis del Estado-Nación con sus correspondientes batallas étnicas y/o nacionalistas, ha forzado a reivindicar el perímetro de lo local resurgiendo los particularismos identitarios.

Las fronteras de los Estados-Nación ya no son capaces de contener los flujos de capitales que transitan libremente de un lado del mundo a otros, lo mismo que sucede con la información a través de Internet, o las noticias de los acontecimientos manifestados en cualquier latitud a través de los medios de comunicación. La frontera de la Nación ha dejado de ser la frontera con mayúsculas, pasando a ser una de tantas compartiendo créditos con la frontera religiosa, étnica, cultural, política, etc. De esta forma, el nuevo eje de contradicción mundial se condensa en el binomio local-global, redefiniéndose con ello tanto territorios geográficos de congregación, como los valores de integración y pertenencia grupal (Argullol & Trías, 1992; Bauman, 1999; Wallerstein, 2016).

De esta forma, si hemos de resaltar un síndrome a cuyo alrededor se articula este siglo XXI, este es el repunte de la conflictividad social. Luchas étnicas, religiosas, comerciales, culturales, territoriales, etcétera, tanto a nivel macro como micro, emergen

con una aspereza pocas veces antes vista. Con un desborde institucional por parte de las diferentes fuerzas sociales, que ya no perciben en estos mecanismos las pautas de regulación apropiados para una convivencia justa. Reorganización normativa para mediar el conflicto, es pues, la ruta por donde avanza nuestra vida en la actual sociedad. Espacios en conflicto con su propia dinámica y contradicciones, que supera la concepción del monolito social ensamblado de manera uniforme. Una variada presencia de subjetividades, intereses, reglas, recursos, que le confieren a cada dimensión de coexistencia su propia originalidad.

Hobsbawm (1996) subraya que el interés por la identidad en sus diferentes modalidades es reciente, aunque no precisamente su empaque como fenómeno societal. Tal centralidad está vinculada con la convergencia de tres grandes acontecimientos precipitados en la segunda parte del siglo XX: intensificación de la revolución científico-tecnológica; crisis de la nación y la clase como referentes de identidad; y la consolidación del sistema-mundo capitalista. Entremezclamiento de dimensiones que tuvieron como consecuencia la proyección de dos discursos de congregación: el de las comunidades imaginadas (nacionalidad relacionado con etnia o raza) y el del <<otro>> (mujer, homosexual, inmigrante, desempleados, jóvenes) (Berian, 1996).

Siguiendo este diseño, las acciones colectivas correspondientes oscilarían entre la cotidianidad y la coyuntura, de ahí su perspectiva para demandar resultados pronto aquí y ahora. Pero esta radicalidad para atacar en la inmediatez se troca en su debilidad, ya que responden a una lógica de “nosotros” diferentes a “ellos”. Hay aquí una definición negativa frente a los “otros”, lo cual ha hecho que este orden de “identidades colectivas se edifique no en lo que sus miembros tienen en común”, sino en lo que los “otros” no tienen. Esta peculiaridad, a contrapelo de los defensores de la multiculturalidad, invalida a estos actores para ser portadores de intereses comunes, y por ende de un proyecto de convivencia universal para todos.

Este resguardo universal se condensó en la imagen de la sociedad reconciliada como meta a ser alcanzada. Narrativa que tuvo en el pensamiento político de los siglos XVII al XIX su principal soporte. Sin embargo, una vez concluido el “breve siglo”, quienes también resienten este declive son las utopías como proyectos de sociedad de largo aliento. En su lugar, al amparo del ocaso de los metarelatos, una visión de diversidad de la sociedad, asentada en el aquí y ahora es la que predomina.

La modernidad como momento civilizatorio de la humanidad, pareciera entrar en una crisis terminal. Pero como bien señalaba Wallerstein, si bien es evidente la fatiga de ciertos postulados de este proyecto, ello no necesariamente significa su fracaso genealógico. En su lugar, quizás lo más adecuado sea interrogarnos acerca de ¿El fin de qué Modernidad? (Wallerstein, 1996). En ese sentido, la existencia de un colofón único

e infalible para la humanidad se ha puesto en entredicho. La herencia ilustrada empapó al pensamiento político moderno con el imaginario de una comunidad sin discordias y conflictos. Mismo que es alterado en su valor original, cuando le fue atribuida una condición de absoluto histórico. Una operación intelectual e ideológica, que des-historizó la naturaleza humana y social, fijando el devenir humano a leyes inmutables válidas para todos los tiempos y espacios. El resultado, la transformación utópica de la sociedad (Habermas, 1994b; Paramio, 1989) quedó disminuida a un anhelo quimérico, mientras el decurso histórico era desplazado por la noción del progreso lineal y acumulativo.

Con una decimonónica sociedad del trabajo sucumbiendo aceleradamente, se impone una revalorización del elemento *vital* en sus formas de solidaridad, rutinas de organización y actividad práctico-morales. A modo de resistir la brutalidad de la modernización capitalista del siglo XXI, que ha impuesto como predominante el *tiempo de trabajo productivo* versus el *tiempo sin trabajo*. Resultando paradójico que en una sociedad donde la automatización genera la posibilidad de tener cada vez más *tiempo libre*, éste sea considerado en términos negativos (Habermas, 1994a).

La tecnología y la economía en cuanto subsistemas sociales denotan una vertiginosa tendencia de diferenciación y transformación, misma que ha desembocado en: a) una disminución de la población activa de la población ocupada en la industria, disolución de fronteras entre trabajo manual y trabajo intelectual, aumento del paro entre grupos sociales específicos; y b) la des-asistencialización como tarea de Estado fomentando las infraclases (Felix, 1992). Aunque sea necesario destacar la diferencia entre transformación de la estructura de empleo, de la erradicación del principio de desigualdad y explotación característico del orden económico capitalista.

Esta prefiguración ha derivado en una ostensible organización-desorganización de los mundos simbólicos, colectivos e individuales. Creando un grupo cada vez más numeroso de individuos separados de la normatividad institucional que les permita participar de los beneficios de la integración. Más calamitosa que la explotación extrema del capital, la tendencia es a la cancelación de oportunidades vitales para amplios segmentos de la población que ya ni siquiera tienen la oportunidad de sentirse explotados, luego que están entrando en la dinámica de la fragmentación y exclusión. Marginación estructural con secuelas en la convivencia diaria, convirtiéndolos en receptores de agravios ordinarios, llevándolos a vivir al límite, asolados por la hostilidad y el abuso.

La distinción entre el “nosotros” y los “otros”, que en buena medida se sustenta en acciones de violencia y humillación, es funcional para mantener la dominación de un grupo. Al respecto, un interesante estudio acerca de los mecanismos desarrollados por la comunidad para establecer la distinción entre los integrados y los marginados, es el de (Elias, y Scotson, 2016).

La precarización (Bauman, 2005) de la vida para la mayoría de la población y la desmedida concentración de la riqueza en manos de unos cuantos (Informe OXFAM, 2016), se han instalado como las coordenadas sobre las cuales transita la sociedad contemporánea. Con inmorales privilegios para las minorías inmersas en un océano de marginación. Siendo esta, una nueva connotación con la cual se erigen tanto los parámetros de congregación de estos individuos, como sus potenciales solidaridades. Se incrementa la carga de identidad individual y declinan los marcos tradicionales de pertenencia, consecuentemente las solidaridades por adscripción han menguado, las identidades han abandonado la colectividad para mudar hacia solidaridades rápidas, ancladas en disyuntivas por situaciones del aquí y ahora, conscientes de su muy probable duración efímera.

Violencia y subjetividad en dos momentos distintos: *Full Monty* y *Amores perros*

Esta transformación en las estructuras y en las subjetividades antes señaladas, ha sido expuesta también en el cine y, en muchos casos con una lucidez envidiable por parte de las Ciencias Sociales, ya que como señalara Carlos Monsiváis “El cine latinoamericano ha sido profecía, más que espejo. Uno ve las películas para saber cómo va a vivir, no cómo está viviendo o cómo ha vivido” (Monsiváis, 1999), con este tono profético nos encontramos dos emblemáticas cintas que van a mostrar dos momentos, y por lo tanto espacios, distintos en la transformación de la subjetividad en la era neoliberal: *Full Monty* (Inglaterra, 1997) y *Amores perros* (México, 2000).

Full Monty, estrenada en 1997 y dirigida por Peter Cattaneo, es una comedia centrada en la vida de obreros desocupados tras el desmantelamiento de la industria nacional por el *thatcherismo*. Ambientada en los años ochenta del siglo pasado, se interna en la búsqueda de sentido y recuperación de la dignidad de estos trabajadores que, debido al desempleo estructural, ven trastocada su vida toda, desde su condición de clase hasta su identidad de género. Gaz, el protagonista, busca desesperadamente cubrir la cuota de mensualidad requerida para la pensión de su hijo Nathan, quien vive con su madre tras separarse de Gaz.

Esta condición lo lleva a desempeñar diversas actividades, no siempre las más honestas, para hacerse de dinero. Los amigos de Gaze representan las diferentes condiciones subjetivas con la que los trabajadores en esta condición afrontan las circunstancias. Desde la negación (Gerald, antiguo capataz de la fábrica que lleno de angustia le oculta a su esposa los seis meses que lleva desempleado) hasta la actitud de asumir abiertamente lo que sucede y buscar, en la amistad y la solidaridad formas alternativas de reivindicarse y seguir viviendo.

Cabe resaltar que acá, la mujer es representada como una trabajadora que aún no ha sido alcanzada por el desempleo estructural, aunque sí por la precarización laboral, por lo que es agente de apoyo y refugio. Como afirma Javier Sánchez:

Full Monty es un canto a valores que los neoliberales y ‘neocons’ (neoconservadores) pretenden laminar: la mistad, la solidaridad, la generosidad, la tolerancia, la comprensión, la perseverancia, la dignidad, la autoestima, la valentía, la unión... Todo ello combinado con el amor, la ternura, la empatía, el humor, el temor, los prejuicios... La mujer es representada con bastante acierto: muestra madurez, sabiduría, unidad en los trances adversos. (Sánchez, 2004, p. 152)

En cambio, en *Amores perros* nos encontramos con una historia situada en un momento del neoliberalismo distinto al que observamos en *Full Monty*, se trata de un neoliberalismo en el tercer mundo, en América Latina, la región del planeta donde esta fase del capitalismo fue estrenada con su *modus operandi* por excelencia: la violencia. El golpe de Estado al gobierno de Salvador Allende y la posterior implantación de la dictadura militar en Chile, mostraron al mundo que el capitalismo no es ni podrá nunca ser democrático, las reivindicaciones igualitarias de los años anteriores serían violentamente apagadas ante un momento del capitalismo que vendría por todo lo que una parte de los trabajadores latinoamericanos aún conservaban: trabajo, salud, educación y los más elementales derechos que serían arrebatados por estos llamados cambios estructurales.

Así las cosas, en México este neoliberalismo nos llegaría por otra vía menos sangrienta pero igualmente autoritaria: el fraude electoral, la represión selectiva a los grupos disidentes de abajo y las llamadas *consertaciones* entre los grupos de arriba. Los años posteriores a la implantación del neoliberalismo han dejado un saldo atroz en el país: millones de desempleados, miles de migrantes, millones de mexicanos empobrecidos, un país endeudado al infinito, privatizaciones y un sistema de servicios público de seguridad social devastado y saqueado. Sin embargo, los saldos de este modelo a nivel social y subjetivo están aún por ser ponderados.

Por supuesto, una vez más el arte ha sido muy agudo en vislumbrar esto, internándose en la subjetividad de las personas comunes que en este maremoto neoliberal viven sus días. *Amores perros* es uno de estos agudos espejos de la subjetividad neoliberal. Estrenada en el año 2000 y dirigida por el hoy famoso y multipremiado Alejandro González Iñárritu, esta cinta nos ofrece una ventana a las subjetividades rotas, a las personas desgarradas y a las condiciones sociales en las que, años más tarde, el narcotráfico tendría un terreno fértil para abonar jugosas ganancias a los de siempre y a algunos pocos recién llegados al poder.

A diferencia de *Full Monty*, esta cinta se ubica en un momento y espacio distinto del neoconservadurismo. En la primera, observamos el proceso de desclasamiento de un

grupo de trabajadores mineros que, abatidos por la pérdida reciente de su empleo, buscan en el mundo de lo privado la manera de reconstruir sus vidas antes centradas en su identidad de clase. Se nos presenta aquí el proceso de pasar de una clase a una infraclase. En *Amores perros* estamos frente a una sociedad que no acaba de sufrir el desempleo producto de las reformas estructurales, antes bien, estamos frente a una sociedad que lleva, cuando menos dos generaciones asediada por esto.

El cinismo, la falta de escrúpulos para hacer cualquier cosa con tal de conseguir dinero y acceder al consumo está presente como una característica de las subjetividades conformadas al calor del neoliberalismo sin importar el estatus socioeconómico de pertenencia. Valeria, Octavio, los Garfias-Miranda y el *Chivo* así lo atestiguan. Personajes venidos de las más variadas clases y ambientes sociales tienen mucho más en común de lo que se imaginan.

Acá no hablamos de los excluidos del sistema, los que han quedado fuera por no tener trabajo, en consecuencia, no tener recursos y, por lo tanto, no poder consumir. No es así, el desempleo no será obstáculo para el consumo. El trabajo no es ni siquiera una mínima posibilidad que pase por la cabeza de los protagonistas como Octavio y su familia para obtener recursos. El empleo es estructuralmente negado, precario (como el de Ramiro en el centro comercial). Así las cosas, los medios para conseguir los recursos necesarios para consumir o bien para hacer realidad las mínimas aspiraciones de vida son el reflejo de lo único que ofrece la sociedad neoliberal: mentira, violencia y vergonzante autodestrucción.

La mentira que personajes como Valeria y su televisora son capaces de construir en los medios de comunicación para un público ávido de historias morbosas, de “modelos” de éxito; la violencia que en el barrio de Octavio deja jugosas ganancias con la pelea clandestina de perros en las que, los cadáveres no siempre son de perros; y la vergonzante autodestrucción que el *Chivo* ejerce al fungir como un sicario al servicio de quien mejor pague.

Lo privado aparece como un mundo escindido de lo social, el único recurso para subsistir se ve sólo en las cualidades individuales y, en ese tenor, por supuesto que sólo la ley del más fuerte regirá la vida. El mundo de lo privado parece agrandarse con cada acción sin escrúpulos que se realice y al final, hay una ilusión de poder construir castillos y murallas que nos aislen de la crueldad de la realidad de “afuera” (como el exclusivo departamento de Valeria) sin embargo, no hay blindajes, que contruidos en lo individual, puedan resguardarnos de la violencia estructural que en la sociedad capitalista opera. Así lo demuestra el caso de Valeria, al final condenada a una silla de ruedas, a un departamento frío y solitario y a no ser más la protagonista del cuento publicitario que ella misma llegó a creer.

Las peleas clandestinas de perros parecen ser la metáfora del mundo social en el que los personajes sobreviven a lo agobiante de su existencia. Sin embargo, como en la cinta, esta violencia y muerte de unos (perros) significa ganancias para otros (los apostadores). Hoy, la violencia de la que somos víctimas o testigos, reporta grandes beneficios para algunos. Como en la cinta, son las vidas consumidas lo que permite la acumulación de beneficios y grandes sumas millonarias a quienes las gestionan y dirigen. Al respecto, ya desde hace algunos años se alertaba en México que la creciente población juvenil sería presa de las condiciones de violencia y pobreza que se viven en México, por lo que el crimen organizado sería el más beneficiado de este bono demográfico (Gómez, 2014).

Así las cosas, en la cinta de González Iñarritu encontramos una especie de ventana a los valores neoconservadores que se han hecho vida en los personajes: el egoísmo, la violencia, el cinismo, el individualismo, la frustración, la inseguridad, etc. La cinta muestra el triunfo de este sistema de valores en una sociedad devastada por ese capitalismo de fin de siglo, en donde la solidaridad, la generosidad y la tolerancia -valores que otrora la modernidad ensalzara como principio organizativo- son ya prácticamente imposibles o poco factibles en subjetividades tan desgarradas. El neoliberalismo, la violencia y el despojo que este supone, ha corroído profundamente estos valores.

Por supuesto, nos referimos no sólo al despojo material por medio del cual en este sistema se acumula y concentra riqueza, sino a un despojo que también opera en la subjetividad, las personas somos despojadas de nuestro ser sujeto, de nuestra *agencia* en palabras de Giddens, de nuestra *subjetivación* en palabras de Foucault, de nuestro ser *actor*, en palabras de Touraine.

En la Inglaterra, y por lo tanto en la Europa de *Full Monty*, no se ve el fin del trabajo, sino el retorno a niveles de explotación laboral y precarización como en el siglo XIX, empleos temporales y mal pagados fuertemente codiciados por una gran masa de desempleados necesitados de estar “por lo menos ahí”, una masa trabajadora fragmentada, dividida y flagelada en sus derechos laborales, engrosándose aún más con la fuerza laboral migrante. En el México, y por lo tanto en la América Latina de *Amores perros*, se ve el inicio de una masa lumpenizada, en la que ni siquiera el trabajo precario es ya una salida, una masa sometida a la ley del más fuerte aun en los espacios más íntimos de la vida, reducida a la inmediatez para unos o a la frivolidad del consumo y el estatus para otros.

El trabajo ha dejado de tener ese poder estructurante que antes tuviera en los desempleados de *Full Monty*, los personajes no viven de vender su fuerza de trabajo, sino de lo que sus contextos residuales les dejan. Se trata del gran ejército industrial de “reserva” que está teniendo un crecimiento exponencial. No serán absorbidos en la

estructura productiva, esta los requiere para formar parte de la masa anónima que alimenta la maquinaria de las ganancias privadas y las pérdidas masivas en la obscuridad, ahí donde el capital sigue chorreando sangre y lodo. Los trabajadores son prescindibles en tanto que hoy el capital produce más con menos, especula más y acumula aún más, así el ejército industrial está “reservado” para pagar los costos de esa acumulación. Sólo eso.

En la cinta mexicana también vemos que las mujeres no son presentadas como portadoras de madurez o éxito al incorporarse a la vida pública en el trabajo (como Mandy, la ex esposa de Gaz en *Full Monty*). Todo lo contrario, *Amores perros* nos presenta la dura realidad que las mujeres mexicanas enfrentan cuando el contexto neoliberal las absorbe: son mercancía publicitaria y desechable (Valeria), o son madres adolescentes violentadas por el machismo y la frustración de sus parejas (Susana), o son madres de barrio incapaces de tender vínculos de autoridad amorosa con sus hijos (la madre de Octavio y Ramiro). En ninguna de ellas, la incorporación de las mujeres al trabajo, ha sido un hito de emancipación. Nuevamente la cinta nos avizora una dolorosa realidad que hoy crece enormemente, la violencia de género y los embarazos adolescentes, muy incrementados ambos fenómenos en las zonas periféricas de la Ciudad de México (Guazo, 2015).

Así las cosas y, en contraste con *Full Monty*, nos preguntaríamos ¿en dónde encontrar solidaridad, amistad, lealtad, dignidad? Parece que sólo al final aparece esta. A la manera de *Los Olvidados* de Buñuel, salvando todas distancias, los personajes de la cinta de González Iñarritu parecen sumergirse en una espiral de soledad, amargura y aislamiento social que no parece tener fondo. En la cinta *buñuelesca* sólo parece avizorarse alguna posibilidad de que estos olvidados pudieran tener una esperanza de dignificación a través de la acción institucional dirigida por personas voluntariosas y honestas (el director de la correccional) que buscan integrar a los excluidos, sin embargo, cinco décadas después, esta posibilidad institucional está colapsada como resultado de un proceso histórico encaminado a cerrar violentamente oportunidades y derechos a las mayorías, así las posibilidades de emancipación parecen abrirse sólo desde lo más profundo de la subjetividad, desde la reconstrucción de la dignidad de sujetos con pasado, con vínculos históricos que, aunque hoy aparecen desgarrados y olvidados, pueden remendarse. Sujetos vinculados a un pasado con lugar para las utopías.

Al igual que *Full Monty*, pero de otra manera, la cinta nos ofrece una posible salida a la red en la que el neoliberalismo pretende capturar nuestras vidas: la reconstrucción de la subjetividad a través de la dignidad de las utopías del pasado. Al final es el *Chivo*, reedificado en Martín, el único personaje capaz de dar un vuelco en el curso de la violencia que parece no dar tregua a la subjetividad desgarrada.

Antiguo militante de un movimiento comunista y condenado a veinte años de cárcel, vive en un predio abandonado, rodeado de perros callejeros y lleno de culpa por dejar a su hija pequeña en busca de la utopía social y política de la izquierda de los años setenta. Ocupándose al mejor postor es asesino a sueldo en las calles de la ciudad, donde parece haber dejado su dignidad, sin embargo, el *Chivo* es el único personaje que tiene la aguja y el hilo que pueden coser esta subjetividad hecha trizas, e integrar a la persona en todas sus dimensiones: la personal y la social; la pública y la privada.

El capitalismo de esta época quiere hacernos creer que las utopías igualitarias hoy son sólo despojos y no queda de ellas más que piltrafas de las que personajes como el *Chivo*, son un ejemplo. Sin embargo, después de espejarse con “el negro” (Coffee), este personaje abre una rendija a la conciencia, a la sensibilidad y a las prácticas vitales que deben estar por encima de cualquier interés particular. Esta historia personal vinculada a la historia social, es la que hace de este personaje el más digno de todos, el único capaz de *subjetivarse*, de recuperar la identidad, la memoria, la voluntad y la dignidad.

A manera de conclusión

Hemos señalado ya que la violencia a la que hoy asistimos nos es casual ni mucho menos residual, antes bien, es la manera de operar normal (esperada, según Robert K. Merton) en situaciones en las que la disputa por los recursos se hace cada vez más en el campo de la guerra que en el de la política. El resultado lógico de un vacío de poder que el Estado deja tras retirarse de la regulación de la economía, dejando el camino libre para que los poderes fácticos, fundados en la acumulación de riqueza, usen todos los medios a su alcance para asegurarse el monopolio de los negocios millonarios.

Cabe destacar que en esta situación, el Estado no es un espectador pasivo de estas guerras entre los poderes fácticos, todo lo contrario, cada vez evidencia más su papel activo como una estructura operada por élites que se sirven también de la violencia para hacerse un lugar en esa guerra por los recursos. Dejando a su paso un clima de parálisis social y miedo a disentir, a actuar. En este sentido hoy el Estado opera como estructura de contención social que permite, fomenta y ejecuta la violencia.

La violencia con la que este capitalismo a ultranza ha despojado a los trabajadores ha empezado a reparar en una violencia más allá de lo económico y lo político. Las subjetividades neoliberales han empezado a hacer su aparición y a configurar una sociedad cada vez más centrada en el individualismo, el miedo, el resentimiento, el cinismo y la desesperación por encontrar una salida a la abrumadora realidad.

Como afirma Solomianski, se trata de desalienar y expropiar la historia personal y colectiva, de recuperar los afectos profundos en contracorriente de los afectos superficiales posmodernos, pues:

es el significado profundo del compromiso con la comunidad y el significado valedero y valiente de las luchas por un mundo mejor lo que el entorno burgués poscolonial no permiten recuperar (Solomianski, 2006, p. 34)

La dignidad y necesidad de estas utopías son hoy más vigentes que nunca y sólo encontrando el valor de las mismas, reinterpretándolas y reconstruyéndolas en este momento histórico podremos lograr que este neoliberalismo y su violencia no sean, de ninguna manera, el fin de la historia.

Bibliografía

- Argullol, R., & Trías, E. (1992). *El cansancio de Occidente*. México: Destino.
- Balir, Trujillo, E. (2009). “Aproximación teórica al concepto de violencia: avatares de una definición”, en *Política y Cultura*, núm 32, México: UAM-X.
- Bauman, Z. (2005). *Vidas desperdiciadas. La modernidad y sus parias*. Barcelona: Paidós Ibérica.
- Bauman, Z. (1999). *Globalización. Consecuencias humanas*, México, FCE.
- Beriain, J. (1996). *La integración en las sociedades modernas*, Barcelona: Anthropos.
- CIDE. (1978). La Comisión Trilateral y la coordinación de políticas del mundo capitalista. *Cuadernos Semestrales. Estados Unidos: Perspectiva Latinoamericana* (2-3). México: Centro de Investigación y Docencia Económica.
- Elias, N., & Scotson, J. (2016). *Establecidos y marginados. Una investigación sociológica sobre problemas comunitarios*, México: FCE.
- Félix Tezanos J. (1992). Transformaciones en la estructura de clases en la sociedad tecnológica avanzada. *Socialismo del Futuro* (6), 65-84. Madrid: Fundación Sistema.
- Fontana, J. (1992). *La historia después del fin de la historia*. Barcelona: Grijalbo-Crítica.
- Gómez, R. (2014, 14 de marzo) Juventud: bono o pesadilla demográfica. *El Universal*, México. Recuperado de <http://www.eluniversalmas.com.mx/editoriales/2014/03/69213.php>
- Guazo, D. (2015, 29 de noviembre). Sin freno, los embarazos en las adolescentes. *El Universal*. México. Recuperado de <http://www.eluniversal.com.mx/articulo/periodismo-de-datos/2015/11/29/sin-freno-los-embarazos-en-las-adolescentes>

- Habermas, J. (1991). Revolución recuperadora y necesidad de revisión de la izquierda: ¿Qué significa hoy socialismo?. En: Habermas, J. *La necesidad de revisión de la izquierda* (pp. 251-288). Madrid: Tecnos.
- Habermas, J. (1994a). Política conservadora, trabajo, socialismo y utopía hoy. En: Habermas, J. *Ensayos políticos* (pp. 31-48). Barcelona: Península.
- Habermas, J. (1994b). La crisis del estado de bienestar y el agotamiento de las energías utópicas. En: Habermas, J. *Ensayos Políticos* (pp. 113-134). Barcelona: Península.
- Habermas, J. (1998). Nuestro breve Siglo. *Letra Internacional* (58), 4-12. Madrid: Letra Internacional.
- Hobsbawm, E. (1996). La izquierda y la política de identidad. *New Left Review* (0), 114-125. Recuperado de <http://newleftreview.es/0>.
- Hobsbawm, E. (1998). *Historia del Siglo XX*. Buenos Aires: Grijalbo-Mondadori.
- Informe de OXFAM (2016). *Una economía al servicio del 1%. Acabar con los privilegios y la concentración de poder para frenar la desigualdad extrema*. 18/01/2016. <https://www.oxfam.org/es/informes/una-economia-al-servicio-del-1> (consultado 10/02/2016).
- Merton, R. (2002). *Teoría y Estructura Sociales*. México: FCE, 4ª edición.
- Monsiváis, C. (1999). Entrevista realizada en 1999 el programa chileno *La belleza de pensar*. Recuperado de <https://www.youtube.com/watch?v=ZtK0iIcVRGU> (Consultado 15/03/2016).
- Paramio, L. (1989). *Tras el diluvio. La Izquierda ante el fin de siglo*. México: Siglo XXI.
- Schedler, A. (2016). *La política de la incertidumbre en los regímenes electorales autoritarios*. México: FCE.
- Solomianski, A. (2006) Significado estructural, historia y tercer mundo en Amores perros. En: *A contracorriente*. Una Revista de historia social y literatura de América Latina, vol. 3, núm. 3, North Carolina State University. Recuperado de <http://acontracorriente.chass.ncsu.edu/index.php/acontracorriente/article/view/209> (Consultado 25/04/2016).
- Wallerstein, I. (1996). ¿El fin de qué modernidad?. En: Wallerstein, I. *Después del liberalismo*. México: Siglo XXI-UNAM-CIICH.

Wallerstein, I. (2016, 20 de febrero). La izquierda y la nación: ambigüedades no resueltas. *La Jornada*. México, p. 18.

Zamora, Anaiz (2015, 18 de enero) Mapa del feminicidio en México. *Milenio*, México. Recuperado de http://www.milenio.com/politica/Mapa-feminicidio-Mexico-muerte-mujeres-violencia-violentas-Inmujeres-policia_0_448155199.html